

Angel González Alvarez: Semblanza intelectual

1. Descubrimiento de un gran profesor

La rica y fuerte personalidad de Angel González Alvarez no puede ser suficientemente expresada en la consideración de su actividad como profesor universitario. Hay otras muchas facetas de su vida que no podrían ser desatendidas en un resumen biográfico que aspirara a ser medianamente completo, como son sus años de Director General de Enseñanza Media, de Secretario General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de Rector de la Universidad Complutense. Pero yo debo limitarme a ese otro aspecto, verdaderamente nuclear, de su tarea: su talento y sus logros como profesor universitario.

Lo conocí, hace ya más de cuarenta años, cuando comenzó a impartir sus clases de Ontología y de Teodicea en la Universidad de Murcia, recién conseguida su primera cátedra universitaria. También impartió por aquel entonces sendos cursos de Historia de la Filosofía Moderna y de Estética. Estaba yo terminando ya mi Licenciatura en Filosofía, y, obtenida ésta, bien pronto tuve la suerte de conseguir la Adjuntía de Metafísica en dicha Universidad y pasar así a una colaboración más estrecha con él.

Lo primero que me llamó la atención en sus clases fue el orden y la claridad expositiva. Sin retóricas huecas, sin excursos ni divagaciones, derechamente al grano, iba apareciendo, primero, el esquema nítido de cada cuestión y, posteriormente, el desarrollo completo de todas sus partes, con las consecuencias inmediatas y el enlace con las cuestiones anteriores y las posteriores. Su lenguaje era vivo, lleno de interés, enriquecido a veces con alguna anécdota, pero al mismo tiempo riguroso, exacto, sin lagunas, sin suposiciones gratuitas. El alumnado enlazaba enseguida con él, le seguía con atención creciente y participaba de la convicción

que rezumaba aquella exposición ordenada, rotunda, iluminadora. Al mismo tiempo abría nuevos horizontes, quedaban en el aire algunos interrogantes que serían respondidos más tarde, pero que nos incitaban también a pensar por nuestra cuenta. Yo no he tenido ningún profesor que se le pudiera comparar en recursos didácticos ni en claridad expositiva.

Cuando exponía el pensamiento de un determinado autor lo hacía con todo respeto, citando sus textos más característicos y ordenando los razonamientos de tal manera que aparecían como muy lógicas las tesis mantenidas por dicho autor. Sólo después venía la crítica, dirigida sobre todo a las raíces o principios de los que partía o en los que se basaba el sistema filosófico en cuestión. Y la descalificación no era nunca completa; siempre había algo aprovechable, que se retenía y se incorporaba a una visión más completa de la verdad.

Bien pronto se echaba de ver que sus autores favoritos eran Aristóteles y Tomás de Aquino, con sus comentadores. Pero conocía muy bien la filosofía moderna, especialmente a Descartes y a Kant. De la filosofía contemporánea conocía asimismo muy bien a los existencialistas: Sartre, Heidegger, Jaspers. Baste recordar que los había estudiado a fondo en su tesis doctoral sobre *El problema de Dios en la filosofía existencial*, y que siguió luego frecuentándolos.

Estoy hablando en pasado, porque revivo ahora las impresiones que tuve como alumno suyo en aquellos primeros años de la docencia de González Alvarez en Murcia. Luego vino la tesis doctoral que él me dirigió paso a paso, pues cada semana nos reuníamos una tarde para leerle yo lo que había escrito y discutir, a veces largamente, cada página o cada apartado.

Pertenece también a ese período la primera redacción de su *Teología Natural*. Sé que entonces usó en gran parte los esquemas de las clases que nos había dado el año anterior y los apuntes que yo había tomado en dichas clases.

Después vinieron sus viajes a Argentina para impartir clases de filosofía, durante tres cursos más o menos, en la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza). Esos años fueron fecundos en publicaciones, pues allí aparecieron su *Introducción a la Metafísica* y su *Filosofía de la Educación*, y preparó su *Introducción a la Filosofía*, sin contar los artículos publicados en la Revista *Philosophia* de aquella Universidad, y un estudio bastante extenso sobre *La ilustración francesa*.

Las oposiciones a la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid fueron la consagración de quien era ya bien conocido en España y en el extranjero como una figura metafísica de primer orden. A partir de ese momento comienza la gran expansión de su actividad de profesor, de investigador, y enseguida de gestor de los asuntos académicos y educativos, primero, en su misma Facultad, después, al frente del Colegio Mayor «Nebrija», y poco más adelante, en la Dirección General de Enseñanza Media y en los otros cargos que ya he citado.

Yo viví estos años a distancia, con esporádicas visitas, con asistencia a alguna de sus conferencias, en las que cada vez se nos mostraba más brillante, más profundo en el conocimiento y tratamiento de los temas, mejor expositor si cabe. Su figura se dilató en el inmenso campo de la política educativa en España. Con muchos discípulos en su Cátedra de Madrid, y con muchísimos logros en la Dirección General de Enseñanza Media y demás puestos de responsabilidad.

Pero dejando ya esta faceta de mis relaciones personales con el gran Profesor de Metafísica que fue hasta su jubilación, voy ahora a demorar-me un poco en el contenido de sus obras escritas.

2. *Su sistema metafísico*

En un orden convencional, la primera obra escrita a la que debe hacerse referencia aquí es su *Introducción a la Metafísica*. Los primeros esbozos de su redacción deben corresponder a la Memoria de la Asignatura, redactada para acudir a la Cátedra de Metafísica de Murcia. Contiene, en efecto, dicha obra un tratamiento histórico y sistemático del concepto de la disciplina; unas reflexiones muy atinadas sobre el método, tanto de investigación como de enseñanza, y un estudio de las fuentes, tanto intrínsecas (las facultades humanas), como extrínsecas (la bibliografía). Dos cuestiones, sin embargo, resaltan en ese conjunto: la de la posibilidad de la Metafísica, y la del punto de partida para la elaboración de dicha ciencia.

La construcción del tema de la posibilidad de la Metafísica tiene una indudable originalidad, y es ya una muestra de la capacidad de síntesis, de orden y de claridad expositiva, que siempre le han caracterizado. La posibilidad de la Metafísica puede ser negada desde tres posturas distintas: por negación de la facultad capaz de construirla, o sea, la razón, y en ese apartado hay que incluir al sensismo; por negación de un objeto propio, distinto del de las ciencias empíricas, y en este apartado hay que hablar del empirismo y del positivismo; finalmente, por negación del enlace entre la facultad -la razón -y el objeto -la cosa en sí o la realidad como tal-, y de esta postura queda como exponente máximo el agnosticismo metafísico de Kant. La prueba de la posibilidad de la Metafísica se hace después, de modo positivo, tras la fase negativa de rechazo de esas tres posiciones antimetafísicas.

Por lo que se refiere al punto de partida para la elaboración de la Metafísica, hay primero una exposición histórica, inspirada en parte en la extensa y conocida obra de Marechal (*El punto de partida de la Metafísica*), y después llega la solución sistemática, inspirada en Tomás de Aquino, con la doctrina del objeto propio del entendimiento humano y el recurso a la abstracción formal de tercer grado. Aunque González Álvarez reelabora de forma personal las tesis que ulteriormente adopta, en

este punto son claros los apoyos en las obras de Maritain: *Siete lecciones sobre el ser* y *Los grados del saber*.

En la cuestión del método (tanto eurístico como didáctico) saca muy buen partido al por él llamado «principio fundamental de la Metodología», a saber, que el método debe ser congruente con la índole noética del sujeto y con la estructura noemática del objeto. Aparte del antecedente husserliano de los términos «noéticos» y «noemático», ese principio está tomado de S. Ramírez, en su obra *De hominis beatitudine*.

Otra obra, que tiene una clara correspondencia con la que acabo de comentar, es la *Introducción a la Filosofía*. Este trabajo estaba planteado con una gran ambición, pues debía abarcar prácticamente los mismos puntos que la *Introducción a la Metafísica*, o sea, la definición, la división, el método y las fuentes, referidas en este caso a la Filosofía en general. La obra, sin embargo, quedó inconclusa, pues solamente publicó (y redactó, que yo sepa) la primera parte, la correspondiente a la definición de la Filosofía, y de ésta lo más valioso es lo referente a la dimensión histórica. Hay aquí un minucioso trabajo de investigación y un esfuerzo muy bien logrado de síntesis. Pasa revista, ateniéndose a los textos de los distintos autores, a una larga serie de concepciones de la Filosofía, ordenadas cronológicamente: una verdadera historia del concepto de Filosofía con referencia expresa a casi todos los pensadores importantes.

De otro estilo, pero con una preocupación eminentemente didáctica, que es una constante en sus obras escritas, es la *Historia de la Filosofía*, redactada en cuadros esquemáticos. La obra formaba parte de una colección y tenía que amoldarse a unos cánones prefijados. No se puede decir que sea una obra de investigación; es, más bien, de divulgación y de síntesis. Pero supone un gran esfuerzo por encerrar en resúmenes claros, apretados, lo más esencial del pensamiento de cada autor, y visiones generales, muy valiosas, de cada etapa de la Historia de la Filosofía.

Claro es que la obra llevaba detrás un conocimiento mucho más amplio de todo el vasto panorama del pensamiento filosófico a lo largo de su historia. Y de ese arsenal salió luego otra obra más extensa, con distinta estructura, pero igualmente dedicada a un público amplio, de mediana cultura filosófica, y no a especialistas: es el *Manual de Historia de la Filosofía*, obra muy difundida y utilizada por profesores de enseñanza media, como orientación para sus clases, y leída y estudiada también por muchos alumnos.

Y vengamos ya a una de sus obras más granadas, el *Tratado de Metafísica: Ontología*. La factura general de esta obra es la de una exposición clásica: el ente en cuanto ente; sus propiedades lógicas: trascendentalidad y analogía; sus propiedades reales: aliquidad, unidad, verdad, bondad; las divisiones del ente; las causas. Hay, sin embargo, una parte que se despega del esquema clásico y es la que corresponde a la división del ente en potencia y acto, que él trata muy ampliamente, deteniéndose en las distintas estructuras o composiciones del ente. La idea matriz de

este tratamiento bien pudo haberla tomado de la *Filosofía del ser* de Raymaeker. Pero ocupa un lugar central en la obra y tiene desarrollos amplios y originales. La estructura de sustancia y accidentes, como explicación del movimiento no sustancial; la estructura de cantidad y cualidad, como explicación de la acción transitiva finita; la estructura de materia y forma, como explicación del cambio sustancial y de la multiplicidad numérica dentro del mismo grado de perfección esencial; la estructura de esencia y ser o existencia, como explicación de la finitud radical de todo ente creado y de la multiplicidad de los modos de ser (esencias) dentro de la perfección común del ser, y por último, la estructura de naturaleza y legalidad (que en el hombre sería de naturaleza y libertad), como explicación de la tendencia o finalidad que manifiestan todos los movimientos y operaciones de los entes creados. En el tratamiento de cada una de estas estructuras hay primero una exposición de ciertos hechos de experiencia y del problema metafísico que plantean, problema que sólo puede ser resuelto por la admisión de una determinada estructura del tipo potencia y acto dentro del ente particular. En segundo lugar se examinan las soluciones insuficientes, que desconocen o niegan esa estructura. Y por último se examina el modo concreto como se comportan entre sí los elementos o principios constitutivos de la correspondiente estructura.

Yo tuve ocasión de cambiar impresiones con él después de la publicación de esta obra, y pude percatarme de la importancia que le daba a esta parte de su Ontología, pues veía en esas cinco estructuras la base para una construcción mejor sistematizada de la Teología Natural: cada una de esas cinco estructuras habría de fundar una de las cinco «vías» del acceso a Dios. El orden en que yo las he enumerado aquí era el mismo que el que tenían las famosas cinco «vías» de Santo Tomás para demostrar la existencia de Dios. Además, el principio de causalidad empleado en cada una debería apelar a un aspecto determinado de la formulación más general y radical que sería ésta: *omne compositum causam habet*.

No estaba yo de acuerdo con él en algunos puntos, y mis dificultades se centraban sobre todo en la estructura de cantidad y cualidad, y en la de naturaleza y legalidad. Sobre esta última algo escribí en su momento. Me parecía a mí que la estructura de naturaleza y legalidad no se podía asimilar a las del tipo potencia y acto, y que, sobre todo, aplicada al hombre, no debía hablarse de naturaleza y libertad, sino, más bien, de naturaleza libre y ley moral, para guardar mejor el paralelismo con la estructura de naturaleza y legalidad de los entes no racionales. De todos modos se trataba de una obra de embergadura, que habría de servir no sólo de texto para los alumnos de Madrid y de otras Universidades, sino también de libro de consulta para muchos profesores; y como ejemplo de continuidad de una tradición filosófica española con nombres tan representativos como Diego Más, Francisco Suárez, Francisco Araujo y Juan Martínez de Prado.

El método empleado en esta *Ontología* es el histórico-sistemático, que fue una constante en su pensamiento filosófico, y que resumía así en su *Introducción a la Metafísica*: «Considero buen procedimiento en las disciplinas filosóficas aquel que, huyendo tanto de un dogmatismo absoluto, sin visión para los problemas, cuanto de una absoluta problematicidad, ciega para las soluciones, pretende fijar el planteamiento de los problemas en sus límites estrictos e indagar sus soluciones mediante una investigación filosófica de modalidad histórico-sistemática».

La *Teología Natural* constituye la otra parte del *Tratado de Metafísica*, que tiene como primera a la *Ontología*. De esta obra existen dos ediciones; la primera muy temprana, que tenía como subtítulo *Tratado metafísico de la primera causa del ser*; la segunda ya figura como incluida en el segundo tomo del *Tratado de Metafísica*. Yo creo que las urgencias editoriales (la primera edición hacía tiempo que estaba agotada) y las múltiples ocupaciones que le acarrearba su dedicación a la política educativa en España por aquel entonces, impidieron que esta segunda edición de su *Teología Natural* presentara una transformación mayor respecto de la primera. Baste decir que no tiene reelaborada la exposición de las «vías» tomistas con arreglo al plan previsto por él y que tenía su apoyo en las cinco estructuras del ente finito tal y como quedaban presentadas en su *Ontología*. De todos modos, esta obra, en sus dos ediciones, contiene una gran riqueza doctrinal e histórica, y puede parangonarse con la gran obra de R. Garrigou-Lagrange: *Dieu. Son existence. Sa nature*, en la que González Álvarez se inspiró bastante. Son partes muy notables en su *Teología Natural*: el planteamiento y resolución del problema de la Teodicia como ciencia; el estudio muy completo de los argumentos aprióricos, y especialmente del argumento ontológico; la crítica del ontologismo y del agnosticismo kantiano; la exposición de las bases noéticas para cualquier demostración efectiva de la existencia de Dios, y la exposición muy completa, ordenada y correcta de las cinco «vías». También toda la parte dedicada a la Teodicea esencial.

Estas dos obras, la *Ontología* y la *Teología Natural*, me han parecido siempre las más significativas de González Álvarez como Profesor de Metafísica. Son un Tratado completo del contenido de su Cátedra universitaria, y consigue con ello uno de sus objetivos más acariciados: el de poner a disposición de sus alumnos una exposición suficientemente amplia e íntegra de la materia objeto de estudio, a la que poder referirse luego en las clases, que podían estar entonces más ceñidas a temas puntuales y monográficos, frutos de la investigación continuada y renovada; pero sin el perjuicio que supondría la pérdida de la visión de conjunto.

3. *El humanismo cristiano*

Los tres últimos libros por él publicados: *Política educativa y escolaridad obligatoria*, *La Universidad de nuestro tiempo* y *Juan Pablo II y el humanismo cristiano*, están en continuidad con otra obra primeriza, su *Filosofía de la Educación*. Es este otro aspecto sobresaliente de su pensamiento filosófico. Siempre ha estado preocupado por los problemas antropológicos y más en concreto por los relativos a la formación del hombre. Recuerdo haberle oído en una ocasión que deseaba escribir un libro que llevara por título «Los problemas metafísicos a través del hombre», y del que había sido una primera muestra el artículo «La estructura radical del hombre», publicado en 1949.

En este otro campo de su actividad filosófica, la idea matriz ha sido el «humanismo cristiano», profunda y explícitamente vivido. Y no un humanismo cristiano vergonzante, como el de otros autores más bien políticos, es decir, una postura muy humanista, pero poco cristiana, que llega a proponerse a sí misma como «aconfesional». González Alvarez nunca ha ocultado su fe católica, aunque distinguiera siempre de modo muy claro el plano natural y el plano sobrenatural.

Ya en su *Filosofía de la Educación*, en la que desarrolla una por una las causas del proceso educativo, al hablar de la causalidad ejemplar, es decir, del hombre ideal o del ideal de hombre, se refiere explícitamente a Cristo, que, si es verdad que es Dios (*perfectus Deus*), también lo es que es hombre completo y verdadero (*perfectus homo*). Y en el último de sus libros publicados: *Juan Pablo II y el humanismo cristiano*, hace una exposición amplia de ese pensamiento central que le ha guiado toda su vida. El ha considerado siempre que el hombre cristiano (de acuerdo con una idea que tal vez tomó de Nimio de Anquín) ocupa exactamente el puesto intermedio entre el hombre judío, que todo lo atribuía a Dios y de El lo esperaba todo, y el hombre griego, que todo lo atribuía a sí mismo y de sí mismo todo lo esperaba. En realidad se trata de la vieja tesis tomista de que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y perfecciona, pero que él ha ilustrado históricamente con esas referencias al hombre judío (todo gracia) y al hombre griego (todo naturaleza). Esta concepción la ha explicado en muchas conferencias y en varios artículos de fechas bastante distantes entre sí, por ejemplo, «El hombre cristiano y el humanismo existencialista», de 1955 «Humanismo y cristianismo», de 1978, o «La dignidad de la persona humana», de 1978 también. Pero hasta en una obra tan alejada, al parecer, de este tema, como es su *Ontología*, encontramos el resumen siguiente: «antes de la aparición de Cristo, dos tipos antropológicos coexistían sin posibilidad de convivencia: el representado por el hombre gentil, que podemos ver concretado en el hombre griego, el hombre de la libertad armónica, y el representado por el hombre judío, como hombre amasado en servidumbre, en dependencia de lo divino. El hombre cristiano es el fecundo maridaje realizado por

Cristo de los dos tipos antropológicos que precedieron a su venida (...). El iniciador del linaje cristiano venció la enemistad entre judío y gentil e hizo de los dos un solo hombre nuevo (...). El hombre cristiano, manufactura de Cristo, es soberanamente libre porque posee el soberano amor naciendo de un vínculo vivo y personal. El hombre ha sido hecho *hermano* de Cristo, *hijo* del Padre, en el *amor* del Espíritu» (pag. 368).

En los últimos cursos de su docencia universitaria emprendió según me contaba, una obra importante sobre el humanismo griego, de la que estaba serenamente orgulloso. Espero que la habrá proseguido y que la culminará en estos años posteriores a su jubilación. Será, sin duda, una obra de gran empaque (según su plan abarcará tres volúmenes), y en ella habrá volcado el caudal de su saber; el orden de sus exposiciones; la claridad de sus ideas, y el esfuerzo investigador sobre esos dos grandes temas que le han ocupado toda su vida de profesor y de escritor: la sabiduría metafísica, y la cuestión antropológica y humanista.

JESUS GARCIA LOPEZ